

ACTO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2013 2014

**IES FUENTE LUCENA DE ALHAURÍN EL GRANDE CON MOTIVO DE LA
CELEBRACIÓN DEL 25 ANIVERSARIO**

4 DE OCTUBRE DE 2013

¡SOMOS LO QUE LEEMOS!

LECCIÓN INAUGURAL A CARGO DE

JOSEFINA BERNAL GONZÁLEZ

SALUDOS, INTRODUCCIÓN Y DEDICATORIA

¡Buenas noches!

Lo primero, agradecer la amigable presentación de M^a Carmen, sé del esfuerzo que has hecho hoy para estar aquí. Escuchándote no hay duda de que efectivamente han los años que venimos a celebrar...

Decir que suscribo los saludos, las emociones y las palabras de gratitud que hemos oído esta tarde-noche.

Y dar las gracias efusivamente al Claustro del IES Fuente Lucena y a su Directiva, por el esfuerzo añadido que supone –a comienzo del curso- la organización de un acto como el que nos ocupa. Acto de Apertura del Curso Académico 2013 2014 con el que se inicia la primera de una serie de actividades previstas para conmemorar el 25 aniversario del centro, y que espero estéis disfrutando al menos tanto como yo.

En esos momentos mi único deseo es el de estar a la altura de quienes me han precedido en el uso de la palabra.

“Yo soy la materia de mi libro”, con estas palabras nos advierte Descartes en su Discurso del Método de lo que vamos a encontrar en él. Salvando las distancias, si yo fuera capaz de parafrasearle sin rubor para decir “yo soy la materia de esta lección inaugural” os anticiparía en pocas palabras el contenido de este humilde texto. Porque en él voy a hablaros de lo que he aprendido enseñando a lo largo de estos 25 años, el grueso de mi carrera profesional. Años en los que he compartido en suma una porción sustancial de mi vida.

A todos los compañeros y compañeras con los que he aprendido trabajando codo a codo, en las distintas etapas de la vida del centro y de las nuestras; a quienes me han sufrido y a quienes me han regalado con su aprecio sincero y amistad; y por supuesto a mi alumnado de todos estos años, con los que he compartido el aula otorgándome día a día el título de “maestra”, quiero dedicarles hoy mi texto.

¡SOMOS LO QUE LEEMOS!

Desde que me ofrecí para estar aquí he tenido mariposas en el estómago, esta es la forma más poética que tengo de plasmar que he estado muerta de miedo. Lo sé porque una y mil veces he pensado que lo más sensato era echarme atrás, procurar con ahínco mi primera opción para cubrir este espacio del acto de apertura y declinar elegantemente el honor de estar aquí hoy, ante ustedes, a quienes tanto respeto les tengo. Sin embargo, una y mil veces también, mi otro yo, el más osado de los dos, me espetaba al oído que no debía dejar pasar esta ocasión e incluso conjugaba el verbo deber en busca de razones por las cuales había de embarcarme en esta tarea. No obstante, he de confesaros que solo hubo una razón por la cual acepté este reto y me la dictó mi corazón: quería hacerlo e iba a hacerlo... entre otras cosas porque a estas alturas de mi vida –pensé– lo peor no es tener que arrepentirme de algo, sino más bien por no haberlo hecho... No siempre la vida nos brinda una segunda oportunidad. No podía dejar pasar ésta entonces, sin compartir con ustedes algunas de las cosas que he aprendido enseñando a lo largo de estos 25 años en las aulas de nuestro centro. Si de paso consigo aportar mi granito de arena en defensa de los estudios de filosofía en el bachillerato, una vez más banalmente –que diría Hannah Arendt– amenazados por la enésima reforma del sistema educativo, miel sobre hojuelas. Les prometo eso sí que seré breve y procuraré no aburrirles demasiado...

Pues bien, una vez tuve claro que no podía echarme atrás, mi cabeza empezó a dar vueltas al tema, tenía muy claro sobre qué podrían haber hablado otros (en una ocasión como la que nos reúne) y quiénes podrían haberlo hecho tanto de fuera como desde dentro de la casa... ¡han albergado tanto talento nuestras aulas! Pero no tenía nada claro sobre qué podía hablaros yo. Fue entonces cuando recordé un breve comentario de Alejandro Morán en el acto de clausura de 4º de ESO, rodeado de chicas vestidas de primavera, a pie de escenario, a nuestro joven profesor de biología le pedían entre aplausos que dijera unas palabras tras su actuación. Él contestó que su forma de hablar era cantando y nos hizo un bis... Pero que no cunda el pánico porque lo mío no es cantar... sino en todo caso contar. Así que cuento esto porque fue

en ese momento cuando una idea se plasmó negro sobre blanco en un viejo cuaderno que oportunamente extendía sus páginas (algo amarillentas) sobre mi mesa de trabajo, en medio de cierto desorden, entre libros, los mismos que esperaban impacientes el comienzo del verano:

¡Somos lo que leemos!

No sé ustedes, pero a mí me resultó desde el principio una idea lo suficientemente elocuente como para hacerme pensar y todavía mejor para daros qué pensar. Ese es precisamente mi propósito “dar qué pensar” cuando, cada año a comienzo del curso, elijo un texto para regalar a mi alumnado..., ni que decir tiene que ese texto-regalo además de sorprender es bien recibido siempre aunque no exento de cierta sorna (¡Menudo regalo! oigo cuchichear a veces...).

Durante algunos años, recuerdo haber empezado mis clases con un texto de B. Russell¹ sobre **El valor de la filosofía**. Un tema recurrente éste ya desde la antigüedad, que el citado premio nobel resuelve como otros muchos antes que él: la filosofía no es útil para nada. Su valor –nos dice Russell en ese texto- depende de los efectos que provoca en la vida de quienes la estudian e, indirectamente, entre quienes les rodean. Algo que la distingue, por ejemplo, de la Física, cuyas invenciones son útiles a las personas en general tengan o no conocimientos en la materia. Esta utilidad en cambio no pertenece a la filosofía, su valor –reitero las palabras de Russell- viene dado por los efectos que provoca en la vida de quienes la estudian y, por ende, en la de quienes le rodean. En consecuencia, es en esos efectos donde hay que buscar primordialmente el valor de la filosofía si es que en efecto lo tiene. Asumida su inutilidad en el sentido que acabamos de exponer, el autor le reconoce no obstante otros valores, entre ellos, por ejemplo, su aspiración al conocimiento –común por otra parte al resto de las ciencias-, de las que se distingue por su tendencia a cultivar las preguntas problematizando lo que es evidente para muchos sin olvidar su vocación autocrítica. **Dicho de otro modo, a la**

¹ “El valor de la filosofía” Cap. 15 de *Los problemas de la filosofía* (8ª ed.) Barcelona, Labor, 1983. Pp. 123 y ss.

filosofía le gusta cuestionar y cuestionarse. Y quienes hemos tenido la oportunidad de encontrarla en nuestros planes de estudio sabemos que a lo largo de su historia ha ido desembarcando de una pregunta en otra, las que tenían solución se disolvían y decantaban entre los distintos ámbitos de la ciencia y las que no, continuamos formulándolas una y otra vez desde la arena filosófica, y de momento todavía en el aula.

Llegados a este punto es difícil sustraerse a la tentación de formular alguna: **¿Puede sernos útil la filosofía hoy?** Las respuestas a esta intencionalmente retórica pregunta, como bien podéis imaginar no se hicieron esperar sino que más bien se agolpaban entre las teclas de mi viejo ordenador y todavía no estoy segura de quedar muy bien ante ustedes al decidir compartirlas todas para la ocasión. Personalmente lo tenía muy claro, cuando aprobé oposiciones estaba embarazada de mi primogénita y andaba de turné como todo buen interino/a que se precie, imaginad el descanso que me entró cuando una oportuna buena nota y mejor suerte hacen posible que ocupe una plaza de filosofía en la Extensión del I B Licinio de la fuente de Coín. En Alhaurín el Grande, junto a casa y a pocas semanas de un alumbramiento. No cabe duda que la filosofía a mí, tanto en lo personal como en cuanto que integrante del colectivo de profes 001, me ha sido muy útil. E incluso a riesgo de resultar algo pedante, diría que nos permite triunfar en la vida, al menos en los términos en los que cifra el llamado “éxito en la vida” el psiquiatra cordobés Carlos Castilla del Pino. Un hombre –he podido leerle en alguna entrevista en la que ponía en cuestión las exigencias del mundo actual para sentirnos realizados-, al menos hasta la primera mitad del S.XX, “lograba triunfar en la vida cuando era capaz de sacar adelante a su familia”. Digo yo que a estas alturas del siglo XXI, (el de las mujeres como lo califica V. Camps, y siendo aquél ampliamente reconocido como autor de *Cuatro ensayos sobre la mujer* ya en la 2ª mitad del siglo XX) bien puedo extrapolarlo al resto de los mortales –mujeres, profes 001 y siguientes incluidos- dadas las actuales circunstancias.

Con el paso del tiempo, y una vez satisfechas las necesidades vitales básicas que diría Aristóteles, **la felicidad** me la ha ido brindando el deseo de aprender sobre lo que había de enseñar. Hilvanar para la ocasión

algunos de los aprendizajes realizados lo considero un regalo de la edad y de vuestra benevolencia depende juzgar si sus efectos –más allá de la anécdota que os acabo de contar- han sido o no de utilidad.

Para comenzar, como sabe muy bien mi alumnado, necesitamos siempre un punto de partida y, entre los muchos explorados a lo largo de estos 25 años intentando captar la atención sobre qué sea la filosofía y cómo puede sernos de utilidad, elegiría el siguiente: La filosofía es “visión”, un modo nuevo y más amplio de ver las cosas². Un nuevo punto de vista que construimos desde nuestro interior con la ayuda de capacidades específicamente humanas cuales son, por ejemplo, el uso reflexivo y crítico de la razón, y el carácter estructuralmente libre de nuestra naturaleza. Y al hacerlo –al construir esa visión quiero decir- vamos amueblando nuestra cabeza al tiempo que ordenamos pensamientos, priorizamos valores y aprendemos en definitiva **a mirar, a leer, a hablar y a escuchar**. Entrenamiento filosófico (éste) que ahora más que nunca podemos calificar de necesario para procesar la mucha e interesadamente dispersa información que recibimos y, más importante aún, para intentar vivir mejor acorde con lo que sabemos. Una vistas de calidad pues, a la hora de orientar nuestro proyecto de crecimiento personal y nuestra vida en común, pero no se improvisan. Son fruto de la cultura a la que pertenecemos y de la educación por la que optamos, a la que reconocemos en mayúscula cuando nos humaniza.

Convencida como estoy de que no hay mejor escala para acceder a la filosofía-visión de la que hablamos que la de los clásicos, cada año por estas fechas en las aulas de 2º de bachillerato remontamos incansables veintiséis siglos la historia de occidente hasta contemplar de nuevo el *olimp* griego. Un lugar fantástico-mitológico lleno de dioses caprichosos, cuasi humanos, que rigen arbitrariamente la vida de los hombres. Únicamente el destino, el *fatum* latino o *moira* –como reza propiamente la voz griega-, etimológicamente la parte que corresponde en un botín, se alza por encima de dioses y hombres siendo capaz de inspirar en su momento la idea de un universo ordenado frente al caos. La osadía de

² F. Weissmann, “Mi visión de la filosofía”, en J. Muguerza *La concepción analítica de la filosofía*. Madrid, Alianza editorial, 1974. Pp. 88-89
Cifr. Filosofía y Ciudadanía, 1º de BACH. Ed. Oxford, 2008

Agamenón al arrebatarle parte de su botín al *semi-dios* Aquiles tras su victoria sobre los troyanos –le arrebataba por supuesto la parte del botín que tenía nombre de mujer, *Briseída*- desató la cólera del héroe. La misma que Homero recoge en los más de 15.000 versos de la *Ilíada* y que encuentran su segunda parte en la *Odisea* al narrarnos el casi interminable regreso de Ulises a su añorada Ítaca en la que le espera tejiendo de día y destejiendo por las noches su querida esposa Penélope. Obras éstas en las que los griegos, en ausencia de libro sagrado alguno, aprendían todo cuanto necesitaban saber para orientarse en su mundo. Y al leer entre líneas formularon los enigmas subyacentes, cuestionaron los viejos dogmas y desataron los porqués. Sus respuestas fueron muchas, variadas, imaginativas y plenas de intuición metafísica, algunas de ellas resuenan en los orígenes de la nueva ciencia e incluso otras continúan vigentes bajo nuevas formas. Conocer para estos primeros filósofos suponía remontar las apariencias y poner orden en el caos aparente. No hubieran podido hacerlo sin el gusto que profesaron por las actividades contemplativas a las que dedicaban su tiempo de ocio, sin imaginación crítica y mucho menos sin libertad.

Para terminar –les prometí que sería breve- les confieso que aun siendo apasionante el descubrimiento de estos primeros visionarios, mucho más nos dan qué pensar cada año las palabras del viejo Sócrates: “solo sé que no sé nada”. Así reza su conocida máxima, pese a la cual el maestro nos enseña al menos dos cosas importantes para todo buen proyecto de construcción personal y/o colectivo que se precie. **La primera**, que hemos de mirar en nuestro interior porque es ahí donde encontraremos las respuestas –“**conócete a ti mismo y conocerás la condición humana**”-; **en segundo lugar** aunque no menos importante, nos enseña que **la justicia beneficia a quien la practica. Siendo preferible sufrir una injusticia que causarla.** Aprendizajes difíciles de compartir por aquél entonces tanto como ahora al margen de una vida pensada, la única que merece ser vivida, la única que tiene sentido para Sócrates, pero que permiten defendernos de los maniqueísmos al uso si atendemos a la primera de las enseñanzas referidas, y priorizar el bien común si subrayamos la segunda.

Para transmitir las, Sócrates contaba únicamente con tiempo para conversar en el *ágora*, una fina ironía capaz de hacer historia con la que dirigía la mirada de quienes se le acercaban y su bien máspreciado, la coherencia. **Pocos recursos sí, aunque certeros y temerarios. Certeros** porque invitaba a los jóvenes que le seguían a pensar por sí mismos, a reflexionar sobre lo aprendido y a cuestionarlo ya fueran, dogmas religiosos, usos políticos o costumbres establecidas; **y temerarios** sin duda alguna para él porque leal a sus ideas aceptó pagar con su vida la afrenta que suponía para el orden establecido enseñar a pensar por uno mismo.

¡Sapere aude! proclamará siglos más tarde E. Kant³, en un opúsculo en el que siguiendo el gusto de la época respondía a la pregunta qué es la Ilustración y en el que ejercía el uso público de la razón para invitar a los hombres de su época, y también al *sexo bello* (las mujeres), a no dejarse llevar por la pereza, a salir de su minoría de edad y atreverse a pensar por sí mismos/as.

¡Sapere aude! queridos amigos/as...

¡Sapere aude! querida Mercedes Gallardo... **¡Somos, lo que leemos!**

¡Gracias por vuestra paciencia, nos vemos dentro de otros 25 años, buenas noches y buena suerte!

JOSEFINA BERNAL GONZÁLEZ

³ ¿Qué es la Ilustración? 1784, en *Filosofía de la historia* (2ª reimpresión). Madrid, F.C.E., 1981